



UNIVERSIDAD
DE PIURA

REPOSITORIO INSTITUCIONAL
PIRHUA

ANTROPOLOGÍA DEL CUERPO I y II

Genara Castillo Córdova

Piura, mayo 2006

FACULTAD DE HUMANIDADES

Departamento de Humanidades, Área de Filosofía



Esta obra está bajo una [licencia](#)
[Creative Commons Atribución-](#)
[NoComercial-SinDerivadas 2.5 Perú](#)

Repositorio institucional PIRHUA – Universidad de Piura

ANTROPOLOGÍA DEL CUERPO I

Mayo del 2006

<http://udep.edu.pe/capellania/capinf250.html>

Capellanía Informa ofrece en dos entregas un estudio de la Doctora Genara Castillo sobre la apertura del cuerpo humano a la acción del espíritu humano.

1. Introducción

Existe una antropología y hasta una teología del cuerpo. El cuerpo humano es algo extremadamente complejo, maravilloso, porque el hombre que lo posee es de un nivel superior a cualquier animal. Como es sabido, son muchas las ciencias que contribuyen a su estudio. Por parte de la antropología filosófica se han logrado muchas averiguaciones al respecto. Así, es posible ver al cuerpo humano sistémicamente.

Mediante el método sistémico se puede ver en el cuerpo elementos duales (la dualidad no es dualismo), en los cuales el término inferior depende de otro superior, una determinada función está relacionada con una superior a la que hace posible, y ésta a su vez con otra superior, etc. De esta manera se ve el cuerpo humano con gran apertura constitutiva, un cierto *inacabamiento*, una potencialidad o indeterminación que *reclama* la presencia del espíritu humano. Ningún otro cuerpo está en esas mismas condiciones.

Evidentemente, una antropología del cuerpo da lugar a más de un tratado; por lo que a la presente publicación corresponde, daremos solamente unas breves referencias utilizando el método sistémico y tratando de que se vea la apertura del cuerpo humano a la acción del espíritu humano.

La tesis principal que irá apareciendo es que el cuerpo humano, a diferencia de cualquier otro ser, es un cuerpo preparado para ser un instrumento manifestativo del espíritu. De ahí que en cierta manera es *potencial*, *inacabado*, esperando para ello la acción inteligente y libre del sujeto. Según sea la intensidad de ese dominio, se dará una verdadera apropiación del cuerpo y éste será más o menos manifestativo del espíritu humano, el cuerpo dejará que el espíritu se *abra paso* a través de él.

Si lo característico del hombre es que es poseedor, la tenencia del cuerpo humano invoca un dominio, un *enseñoreamiento* del cuerpo gracias al espíritu humano. Tener cuerpo conlleva poseerlo cognoscitiva y volitivamente.

La luz de la sindéresis tiene mucha parte en esa posesión aunque como sabemos dicha iluminación ha sido oscurecida, pero no del todo ya que la sindéresis no puede desaparecer nunca porque entonces se daría la desaparición de nuestro espíritu, lo cual es imposible.

El cuerpo humano es de una riqueza manifestativa extraordinaria. Una antropología que ignore o desprecie el cuerpo es una antropología equivocada. Tan erróneo es considerar al hombre como mero espíritu como reducirlo sólo a lo corpóreo. El ser humano no es ni un ángel ni una bestia. El ser humano *posee* espíritu, inteligencia y voluntad, con la cual puede gobernar su cuerpo en gran medida.

Esto es de gran importancia en la vida humana, especialmente en la pedagogía. Tan errónea es una pedagogía “angelista” que pretende ignorar el cuerpo, como una antropología meramente biológica, que reduce al ser humano a sólo lo orgánico. Si no se sabe cómo integrar lo corpóreo, lo sensible, en el hombre, entonces es difícil saber qué hay que hacer respecto de los sentimientos, la sexualidad, etc., ni el papel que desempeñan en la vida humana.

La presencia del cuerpo es, por otra parte, ineludible. Existen otros seres de muy alto nivel que son sólo espíritu (inteligencia y voluntad) y no poseen cuerpo. Como sabemos, el ser humano se diferencia del ser angélico entre otras cosas porque tiene cuerpo y por eso está llamado a vivir manifestándose a otros seres, especialmente a otras personas que a su vez se manifiestan corpóreamente.

Gran parte de la manifestación humana, su ser racional, es a través del cuerpo. La sociedad humana se hace en base a la comunicación a través del lenguaje humano que es posible gracias a la articulación de la voz que tiene una base corpórea. Pero en realidad hay también un *lenguaje* de todo el cuerpo: hay un lenguaje de la mirada, del tono de la voz, del tacto, del rostro, de la sonrisa, de los gestos, de la manera de caminar, del modo como se viste o se cubre el cuerpo, etc.

El ser humano *dispone* en el tiempo y en el espacio mediante su corporalidad y mediante ésta construye un *mundo humano*, una habitación, una casa, una ciudad, y se relaciona con otros seres humanos constituyendo un tejido de relaciones que echan mano de muchos medios y que se basan en el lenguaje, en la comunicación, que tiene una dimensión corpórea, que es tan importante en la sociabilidad humana.

Así pues, el diálogo, la convivencia, la construcción de las casas, calles, ciudades, así como el inmenso ámbito ocupacional y laboral del hombre se hace mediando la capacidad corpórea humana.

A continuación haremos un breve recorrido por esas realidades humanas referentes al lenguaje humano, al rostro, a la mirada, al gesto, al vestido y la palabra, que tienen como base la corporalidad humana, poniendo el acento en que la dimensión corpórea del ser humano está llamada a *manifestar* de la mejor manera la índole propiamente humana, espiritual, de ese su ser.

2. El cuerpo como *cauce* de la manifestación humana.

Como indicamos antes, el ser humano se manifiesta en general, ejerciendo una serie de operaciones, para lo cual sigue un proceso que se puede llamar dual, en el que una parte o

miembro de la dualidad es superior a la otra supeditándola y generando una dualidad superior, etc.

Este proceso en que lo inferior se supedita a otro miembro dual que es superior, sugiere su apertura a un crecimiento o desarrollo cada vez de mayor nivel, ya que desde el nivel orgánico las operaciones se dirigen siempre hacia algo superior, hacia funciones mucho más complejas, etc. Se podría hacer un recorrido de las diversas dualidades, incluidas las orgánicas, pero sería muy largo, sólo nos detendremos en algunos aspectos de esa sistematicidad humana.

Empezaremos por fijarnos en una primera realidad humana que es el bipedismo. El ser humano se sostiene en dos pies, es bípedo. A veces se le ha llamado el *bípedo implume*, es decir, que se asemeja a los pájaros que se sostienen sobre dos patas. Pero, como hemos señalado, el ser humano tiene un cuerpo que no está cubierto de plumas, es un cuerpo *inacabado* porque su *terminación* está encomendada al espíritu humano.

Por eso el vestido es objeto de un arte humano que es importante, ya que ahí se da un *reflejo*, una manifestación, una *prolongación* de la interioridad, de lo que cada uno es, de su poca o mucha conciencia de la propia dignidad humana, de los criterios o convicciones que tenga y en definitiva de su libertad.

El cuerpo humano al otorgar una base a la existencia humana, no se cierra en sí mismo ni siquiera en el nivel de las funciones orgánicas, sino que al estar *inacabado* invoca otros niveles y operaciones más altas, es decir la conducción, la dirección, consciente y libre del hombre.

El cuerpo humano no se agota en sí mismo, sino que se *abre* a manifestaciones superiores del espíritu humano, su fin no es él mismo, sino que está proyectado a finalidades más altas, superiores a las corpóreas. De ahí que como hemos señalado el cuerpo humano sea sistémico, sus partes están en relación unas a otras de tal manera que se constituye un sinnúmero de operaciones, en las cuales las más básicas están en función de otras de mayor alcance, es decir superiores.

Así por ejemplo, el bipedismo humano hace posible que el hombre al no ser cuadrúpedo, tenga una postura erguida, su columna vertebral no está dispuesta horizontalmente (como los cuadrúpedos), sino verticalmente para hacer posible algo importante como es la postura de la cabeza humana.

A su vez, la cabeza humana al asentarse sobre la columna vertical da las condiciones necesarias para que se dé una determinada postura de la cabeza que posibilita el que el hombre posea un rostro, de lo contrario la cabeza le colgaría y el rostro se escondería.

Por su parte, el rostro humano hace posible una cavidad bucal que permite una postura de la lengua que es indispensable para ejercer una actividad superior como es la del lenguaje humano. La lengua de un animal, por ejemplo la de una vaca, está terminada, no está disponible para articular voces, a lo mucho puede emitir mugidos, pero no palabras.

La palabra humana está cargada de significado gracias a que el ser humano puede vehicular a

través de ella la verdad de su pensamiento, ese don inestimable de su capacidad de entender, de pensar, y también la voluntad de comunicarse con sus semejantes.

Pero además, el ser humano se sostiene en dos pies para dejar libre las extremidades superiores, las cuales al quedar libres son indeterminadas para que puedan dar paso a una actividad superior que es la técnica humana.

La mano es el “instrumento de los instrumentos” como decía Aristóteles. Al quedar liberadas las extremidades superiores y siendo las manos *inacabadas*, puede establecerse la relación mano-cerebro lo que da lugar a la técnica humana. Hay quienes dicen rechazar la técnica, pero intrínsecamente esto no es posible, porque es inherente al ser humano.

Desde que el primer hombre surgió en la tierra tuvo que valerse de sus manos para hacer lanzas y poder cazar, para hacer sus vestidos de la piel de los animales, para hacer fuego y cocer sus alimentos, para construir sus herramientas, etc.

A su vez, la relación mano-cerebro se potencia enormemente gracias al lenguaje, ya que la enseñanza y el aprendizaje técnico se aumenta por medio de la palabra de quien racionalmente va dirigiendo el cómo usar las manos y las diferentes extremidades corpóreas.

De esta manera el ser humano aprende a tomar objetos con los que hace más cosas; aprende a tomar una herramienta para conseguir una utilidad, aprende a caminar, que es una de las técnicas más elementales, aprende a tomar una cuchara y llevársela a la boca, aprende a comer, a vestirse, etc.

Todo ese proceso de instrumentalización del cuerpo es gracias al espíritu humano. Sólo el ser humano puede relacionar medios con fines. El animal no sabe lo que es un medio, no lo reconoce como tal a pesar de que use los medios, no sabe lo que significa medio o mediación, la relación de medio a fin la hace instintivamente; en cambio el ser humano sí reconoce la índole medial de las cosas.

De ahí que el ser humano pueda progresar en el uso de los medios. Como se sabe la clave de ese proceso consiste en convertir los fines alcanzados en medios para alcanzar fines superiores, ésa es la índole de la sistematicidad humana tanto a nivel individual como social.

Por eso, las abejas siempre hacen la miel de la misma manera, porque esos procesos al ser instintivos no crecen, están determinados, es decir que no están encargados a la inteligencia y a la libertad de los sujetos. En cambio, en el ser humano el progreso técnico se ha disparado con gran intensidad, tanto que ahora el problema es que en el camino por conseguir medios cada vez más potentes, se nos están perdiendo de vista los fines definitivos.

Las actividades que realizamos con las manos, desde el hecho de cocinar o preparar unos alimentos, de confeccionar unos vestidos, como de levantar una casa, hasta las manufacturas y las técnicas más sofisticadas que tenemos actualmente, todo ello es posible gracias a las manos, que pueden coger un bisturí como armar los bites de una computadora.

El ser humano no come como las bestias que, dejándose llevar de su instinto, no controlan la acción de comer, sino que se abalanzan sobre los alimentos; el ser humano en cambio procede a cocerla, a prepararla racionalmente, lo que da lugar a unas artes especiales como son la culinaria, la gastronomía y la nutrición.

También la capacidad gestual humana se encuentra en gran parte en las manos, en los brazos, etc., a través de los cuales se vehicula el espíritu. Por ejemplo, cuando al saludar de cerca damos la mano o de lejos la levantamos, eso quiere decir desde tiempos antiguos que acogemos al otro en señal de amistad, es como si dijéramos “no tengo ningún arma con la cual herirte o hacerte daño”.

La capacidad gestual humana es inmensa y muy rica, por ejemplo, el inclinarse, el hacer una reverencia o genuflexión que es el modo de saludar a un Ser Superior, el ponerse de rodillas cuando se da culto a Dios manifiesta que nos sometemos con la totalidad de nuestro ser a Él, de ahí que los gestos de adoración sean tan significativos.

Así pues, ignorar el cuerpo es no valorarlo, es no ver su capacidad de dar paso a fines superiores, a nivel personal. Entonces se pasa por alto realidades propiamente humanas, como es la tipología humana que es muy importante para la sociedad humana.

Así por ejemplo, el cuerpo humano nace sexuado por lo que da lugar al tipo humano femenino y al tipo humano masculino que parten, aunque no se agotan ahí, de esa maravilla de la sexualidad humana, que está llamada a una finalidad muy alta, a ser un don grandioso, ya que constituye el santuario de la vida humana y que aporta especialmente en el matrimonio y en la familia la dotación topológica peculiar de varón y mujer.

Por otra parte, la tipología también está en los modos de ser de cada uno, lo cual tiene una base corpórea, es lo que se llama temperamento; por ejemplo existen músculos inhibidores y efectores, y en cada persona predominan unos de una manera y otros de otra, inclinándonos, por ejemplo, a ser más abiertos o más retraídos.

El grado de actividad también tiene una base corpórea, unos tendemos a la actividad más que a la pasividad y al revés. El grado de sensibilidad, el cómo nos *afecta* la realidad también es tipológica, existen tipos humanos de una gran sensibilidad y otros de menos.

Pero por eso mismo, esa dotación temperamental invoca una tarea y un destino de gran nivel: su apertura al espíritu, que hace que el temperamento sea asumido, modelado y educado gracias a la influencia educativa personal, familiar y social.

Es decir que lo corpóreo reclama una educación del carácter, para hacer de nuestro modo de ser un don para otros, para que esa apertura sea posible y se pueda aportar a los demás miembros de la sociedad con todo lo que somos y tenemos tipológicamente.

En definitiva, en la educación del carácter, se requiere de una guía y conducción de la propia dotación sensible por parte de las facultades superiores: inteligencia y voluntad. Al comienzo esta dirección o guía se da a través de los padres, y paulatinamente nos hacemos dueños de

nuestro propio carácter a través de nuestras acciones libres.

Ahí todo influye, por ejemplo, la educación y las experiencias vividas, pero todo eso está encomendado a los criterios que vayamos teniendo y a nuestra libertad, de manera que son nuestras acciones libres las que van forjando nuestra propia personalidad.

En general, el cuerpo del ser humano, a diferencia de los animales, es un cuerpo transido de espíritu, porque la presencia de sus capacidades intelectual y volitiva, penetra, poco o mucho, el cuerpo humano. El ser humano no es sólo cuerpo, sino también posee la riqueza del espíritu, de sus facultades superiores, de su inteligencia y de su voluntad.

Por eso insistimos en que el cuerpo humano tiene una exigencia inherente y es la de estar penetrado por ese espíritu, de manera que el cuerpo humano es tenido según esa realidad espiritual. Es muy diferente la condición en que se encuentra un animal.

Cuando a veces vemos la “cara” de algunos animales, sentimos una ligera conmoción, porque aunque se parezca al humano, aunque por ejemplo tenga dos ojos, aquella no es una mirada ni un rostro propiamente humanos, porque ahí no se manifiesta la índole espiritual que todo ser humano posee. Las típicas fotografías de un niño al lado de su mascota lo representa bien: la mirada del perro es algo estúpida, mientras que la del niño es una mirada chispeante: es la presencia del espíritu.

De ahí que como veremos, muchas de las actividades corpóreas manifiestan de alguna manera la presencia de esas facultades superiores que son espirituales. La causa de una extraordinaria capacidad manifestativa del cuerpo humano es la presencia intensa del espíritu, lo mejor de nosotros *sale* al exterior gracias a nuestra corporalidad.

En realidad, no hay ninguna expresión humana corpórea que no esté transida de nuestra naturaleza y esencia humanas y de la intensificación con la que dominemos al cuerpo depende que esa manifestación sea mayor o menor. La riqueza de esa manifestación puede tener una riqueza extraordinaria.

Por ejemplo, el caminar humano reclama estar dirigido por esas facultades superiores. No da igual caminar de una manera u otra. Existe el arte de caminar. Así por ejemplo, la manera como pisa una mujer, el garbo, es la expresión de su cuerpo que revela ese dominio y esa presencia del espíritu, es el secreto de su elegancia.

Una mujer propiamente no camina igual que un animal, como por ejemplo una yegua, que no mueve sus caderas racionalmente, sino que al no poseer dominio sobre su cuerpo, las *tira* hacia un lado o hacia otro. Es decir que en el animal su cuerpo está fuera de su dominio, simplemente se abandona sin más; no lo puede dirigir porque no tiene facultades directivas superiores, se mueve según su instinto.

En el saber caminar elegantemente influyen muchas cosas: el dominio del espíritu se manifiesta en el largo del paso que no es azancanado, en la armonía con la postura de las demás partes del cuerpo, cintura, columna y cabeza, todo ello supone CONTROL, una íntima percepción de la

medida o mesura. En el ser humano se puede dar un comportamiento elegante: es el esplendor del espíritu, algo así como su perfume.

* * *

ANTROPOLOGÍA DEL CUERPO II

Capellanía Informa ofrece la segunda entrega de un estudio de la Doctora Genara Castillo sobre la apertura del cuerpo humano a la acción del espíritu humano.

3. La capacidad manifestativa del rostro humano: la mirada, el *look*, la sonrisa y la palabra

El rostro humano es eminentemente manifestativo, en él se revela, más o menos, la presencia del espíritu. Se suele decir que los ojos son “las ventanas del alma”, del alma espiritual, la cual se *asoma* a lo externo gracias a ellos. Por eso hay diversas maneras de mirar.

Pero también y al mismo tiempo la mirada es posesiva. Mirar es un modo de poseer, de lo que entra por los ojos se alimenta la interioridad del ser humano. Uno “se hace” aquello que ve. Por eso somos responsables de nuestro aspecto personal o *look* (mirar), ya que es lo que ofrecemos en posesión a la mirada de los demás, porque en el aspecto personal va siempre un mensaje más o menos tácito y más o menos explícito.

Por otra parte, la mirada además de estar referida a lo externo también es una revelación de nuestro interior/ De ahí que existan diversos tipos de miradas: miradas tiernas, “frías” y hasta crueles, miradas humildes y miradas soberbias o dominantes, miradas limpias, transparentes, como las de un niño, y miradas torvas; existen miradas profundas que parece que penetran, que calan en nuestro interior y miradas superficiales, etc. Todo ello manifiesta lo que tenemos *dentro*. Saber mirar a los ojos y leer lo que dicen las miradas es también un arte.

Esto es muy claro cuando se trata de una mirada alegre, que manifiesta el tono vital de aquella persona, esa pupila iluminada nos indica que esa persona está gozando de una gran apertura vital; en cambio, cuando vemos una mirada triste, su pupila, a diferencia del caso anterior, se ha retraído (como una defensa ante el mal o los obstáculos), tiene poca luz, es una mirada “apagada”, lo cual indica que esa persona tiene obstáculos en su desarrollo vital que le están impidiendo la apertura a su crecimiento, algo le ha sucedido que le retrae, le preocupa, que no ha podido integrar, entender y superar.

Por otra parte, una mirada luminosa es muy hermosa y lo es porque la pupila, a diferencia de una pupila triste, está abierta, lo cual le da un cierto esplendor. La cosmética lo sabe bien, por eso ha inventado unos colirios cuya función es precisamente expandir la pupila. Pero en realidad las miradas más bellas son las que manifiestan las dos cualidades más altas del ser humano: su inteligencia y voluntad, es decir las que proyectan dos operaciones humanas superiores que son el entender (inteligencia) y el amar (voluntad).

De ahí que se deduce que las miradas más hermosas son las que transmiten ese entender y ese amar con respecto a otras personas y al universo en general: son las miradas inteligentes y amorosas o tiernas, que dicen con la mirada: ¡qué bueno es que existas!, ¡eres único (a) e irrepetible! Es la mirada de una madre, es la de Dios.

Saber mirar es una tarea propiamente humana, precisamente por la presencia del espíritu. Sería muy largo detallar el proceso, pero de manera general, señalaremos que aún sin darnos cuenta, al mirar realizamos un *viaje* desde lo más íntimo de nosotros mismos, para *ponernos* en las pupilas, en la mirada.

Ese *sacar* de nosotros mismos nuestra más personal intimidad es también una manera de responder ante la presencia de las otras personas, de cada cosa o suceso de la realidad. De ahí que no se debe mirar a una persona como si fuera un animal, como por ejemplo se puede mirar a un perro, porque la respuesta de nuestro rostro ante la realidad humana no debe ser igual que la que se dirige a un animal. Por eso, por ejemplo, una mirada lasciva, que sólo ve el cuerpo de una mujer es injusta, es una falta de respeto, porque no se debe mirar a la otra persona como si fuera una hembra de la especie; pero tampoco hay que provocar esas miradas con el propio aspecto personal, y en eso nos cabe una responsabilidad respecto del modo de vestirnos, de hablar, de conducirnos.

Por tanto, la mirada humana es respuesta pero también conlleva una apelación a la mirada de los demás. De ahí que, como hemos señalado, sea importante el aspecto personal. El llamado *look* hace referencia al hecho de ser mirado, es la manera como nos *presentamos* ante los demás. Por eso el aspecto personal invoca la presencia de lo racional, de lo espiritual que tiene el ser humano.

El arreglo personal no es cualquier cosa. En el modo como nos *presentamos* está incluido o no un acto de respeto a la dignidad, a la propia condición de seres humanos y a la de los demás, en definitiva: se da un mensaje que puede enriquecer o empobrecer la comunicación y la convivencia humana. El *look* es un elemento dialógico ¡puede comunicar tanto!, suscita una especie de diálogo humano, en que como tal exige un factor racional, espiritual, de recepción del otro y de entrega de uno mismo.

Este diálogo conlleva una comunicación visible y también invisible porque involucra un conjunto de valoraciones, de criterios, de modos de ser muy propios, personales, que se atesoran en la intimidad desde toda la vida. Por eso se explica el que no se deba seguir la moda arbitrariamente, sino que cada quién tenga que ejercer un juicioso discernimiento, en todo caso para acomodársela a lo que le queda bien, a lo que realza su condición de ser humano y no a lo que le denigra.

Es decir, cada uno en base a sus criterios y valoraciones elige un vestido y otro, esa elección es personal y muy reveladora de lo que hay *dentro* de una persona. De ahí también que lo lógico sea que la manera de vestir se acomode a la edad, actividad, estatus o estilo de vida propio, porque la imagen que uno proyecta a los demás es la prolongación de nuestro yo interior. Uno tiene que *saber estar*, su racionalidad interna le dice que no puede salir a la calle en ropa interior, o acudir a un Centro de Estudios Universitario como si fuera a ducharse o a dormir, etc. La racionalidad discrimina. Partiendo de la conciencia de la

propia corporalidad y de su índole manifestativa se está en condiciones de educar el buen gusto, el respeto, la elegancia.

Por eso la necesidad de re-pensar la moda. Antes de vestirse, antes de comprar una prenda de vestir, hay que pensar, uno no se tiene que poner lo primero que encuentra o lo que la actriz o cantante de moda lleven, por muy grandes que sean los deseos de aceptación y de llamar la atención. Precisamente la adolescencia y juventud son etapas en las que se forja la propia personalidad que se va decantando como única. La fuerza de esa personalidad radicará varias veces en seguir la verdad y el bien aunque cueste esfuerzo.

Por otra parte, la madurez de la personalidad no está en imitar a la masa en todo porque entonces se vive de prestado, se vive la vida de otra persona y no la propia, sino en vivir de acuerdo con lo verdadero y lo bueno, es lo que nos da la propia identidad. Y la fuerza de la verdad y del bien es tan grande que potencia mucho la vida de las personas cuando no se resignan a vivir como en manada, según las arbitrariedades de algún diseñador de turno que no sacaría vestida procazmente ni a su madre, ni a su mujer, ni a sus hijas, pero que se atreve a proponer tales diseños para una multitud de jóvenes inseguros, sin personalidad, con el deseo de obtener pingües ganancias, sin importarles el deterioro que pueden causar.

En nuestra época hay un gran déficit de humanidad en el auténtico sentido, aquel de los valores altos del espíritu, pero justamente por eso los jóvenes tienen un gran reto y es el de rescatarlos, de impedir ser rebajados al nivel de una bestia o animal. Cuando se ha oscurecido la verdad sobre nosotros mismos, o se ha desistido de ser realmente persona con toda su dignidad y nobleza, en una de las cosas que precisamente se nota es en que se descuida el aspecto personal.

Actualmente estamos muy necesitados de una auténtica re valoración de la persona, del ser humano, en su cuerpo y en su espíritu. En el look se entrega un mensaje de valoración propia y ajena, que hay que tratar que sea adecuada al nivel de la dignidad humana. De ahí que el vestido “habla”, revela la manera como se ha decidido *terminar* lo inacabado de nuestro cuerpo y si ahí la presencia del espíritu es alta entonces nuestro modo de vestir manifiesta y apela a lo más alto que tiene un ser humano: su capacidad espiritual, de lo contrario el “mensaje” que se da es distinto.

El animal no tiene aspecto personal, no cuida de su mirada ni de la ajena, ni de su gesto, ni de su vestido, porque no tiene vocación dialógica, no entrega nada personal, ni siquiera intuye la riqueza y las extraordinarias posibilidades de todo ello, no proyecta su intimidad porque no la tiene, ni apela a lo más alto que tiene el ser humano, simplemente el animal *abandona* su cuerpo al reclamo instintivo.

El cuerpo animal está *acabado* porque no tiene que invocar a su espíritu para *terminarlo*, y como no posee espíritu entonces ya el cuerpo está terminado, a diferencia del ser humano le viene con pelaje, con plumaje, sus extremidades están terminados con pezuñas; no necesita pensar, ni educar su buen gusto, no precisa del arte de calzarse o vestirse, porque su corporalidad no invoca la presencia de un espíritu del cual carece.

Como hemos señalado, el aspecto personal conlleva un conjunto de valoraciones de la propia dignidad humana y de la ajena que se comunican, que se ponen en interrelación. Por eso, cuando hay abandono de la presencia del espíritu, el aspecto personal deja de ser un elemento dialógico, entonces prima la sensualidad o la seducción en lo cual no se dialoga sino que simplemente se despierta en los otros una respuesta de poco nivel o categoría humana, al nivel de los instintos.

Por ejemplo, con determinados vestidos, con ciertos gestos, a veces se puede falsear lo que uno es reduciéndose sólo a lo instintivo, entregando sólo una parte, la corpórea simplemente, dando un mensaje que por lo mismo es reductivo, que no es elevado ni que eleva en el plano propiamente humano, racional o espiritual.

Entonces lo que de entrada esa persona pone de manifiesto es la ignorancia de su gran riqueza personal, la categoría de su personalidad, no la tiene, no sabe qué es, ya que al mostrar su cuerpo inacabado sin más, está abandonándose simplemente, infravalorándose, y pierde la oportunidad de manifestar lo que ella es realmente, su señorío, es decir, el ser capaz de dominar y de poseer realmente su cuerpo. Una persona que ignora la riqueza de su personalidad se reduce a sólo algunas partes de su cuerpo, y hasta puede creer que es sólo eso, un busto, unas piernas, etc. Pero una persona no puede manifestar a los demás que es sólo un “ombligo andante”, sin más.

El asunto es que eso que creemos que somos, eso damos, eso *sale* al exterior. Somos muchísimo más que nuestros ojitos, o que nuestra cintura, etc. Gran parte de ese *más*, esa inteligencia y esa voluntad, se manifiestan en el señorío, en el control del cuerpo. Sólo se tiene señorío si se posee realmente lo corpóreo, pero cuando éste manda, con sus reclamos instintivos, se está manifestando una debilidad de la personalidad, de ese dominio que supone conocerse, valorarse y dar lo mejor de sí.

Cuando no se tiene un señorío de lo corpóreo se produce gran desequilibrio. Si no se posee riqueza interior, el ser humano empobrece su capacidad manifestativa y termina no sólo deteriorándose a sí mismo sino a los que comparten con él la convivencia humana y hay que recordar que todos somos responsables del ambiente que creamos a nuestro alrededor, como veremos luego al hablar del lenguaje.

La misma sexualidad humana tampoco puede ser reducida a unas partes del cuerpo, sino que toda su excelencia y grandiosidad está en la integración de lo biológico en lo psicológico y espiritual. Todo está conectado, no hay partes aisladas sino que todas se potencian mutuamente, lo corpóreo influye en lo espiritual y viceversa. Al ser humano no le van bien los reduccionismos, sino que su ser es sistémico (todo tiene que ver con todo). Por eso tampoco es verdad que el sexo sea malo, sino que el sexo está en función de realidades muy, pero muy altas. De ahí que si la sexualidad está desasistida de lo afectivo y de lo espiritual entonces se estropea.

Aquí también conviene recordar que si no hay verdadero amor las relaciones sexuales no son propiamente humanas, sino animalescas, ahí no hay generosidad inteligente, sino posesión supeditada al simple disfrute que mira al propio egoísmo, sin preocupación por la otra persona.

¡Qué diferente es la unión sexual que está respaldada por el amor sacrificado de cada cónyuge en la vida matrimonial!, en donde más que pensar en sí se piensa en la otra persona; en esa unión comparece, aún inconscientemente, toda la biografía, toda esa vida juntos desde que se casaron, un tejido de tantos sucesos buenos y menos buenos, tantos sacrificios por la otra persona, por los hijos, toda una historia y un futuro prometido.

En la vida matrimonial lo sexual es una de las dimensiones de la entrega que se teje en miles de cosas del día a día, en que se pone a prueba la nobleza del cariño, basados en tantos actos esforzados a favor de la otra persona hechos con alegría y generosidad. De lo contrario, se va buscando cada uno a sí mismo, no el bien del otro, con lo cual lo que sucede es que en el aspecto sexual no hay realmente un encuentro o unión, sino que cada uno está en lo suyo, en su propio placer, en sus miedos, en sus complejos, en sus propios intereses o egoísmos y por tanto no está en capacidad de pasar o darse al otro, ni le interesa, produciéndose la mayor soledad justo cuando más se buscaba la compañía.

En esa situación en que hasta da igual estar en contacto con un cuerpo que con otro, la soledad es de las más lacerantes, la persona queda sola sin el reconocimiento que buscaba, sin la valoración que le corresponde, sin la entrega que anhelaba.

En suma, cuando el cuerpo no es penetrado de lo espiritual, ahí no hay un yo personal que entregar inteligentemente, ni se recibe al otro como tal, sino que uno mismo queda reducido a la condición de animal o de cosa, por eso esos “encuentros” son meramente epidérmicos, es más, muchas veces ni interesa saber *quién* es la otra persona, ni si tiene una biografía, ni sus metas ni proyectos, lo mejor de sí mismo es anulado.

Lo que sucede es que en esa *comunicación* el mensaje que reciben tanto uno como otro es que son un simple objeto de placer, sin más; es decir que no se es persona o que aquellos sujetos se encuentran desesperados de ser personas. Cuando esos encuentros epidérmicos se dan en el campo de la sexualidad, es mayor el desequilibrio y el daño que se causa, por lo que normalmente esas experiencias dejan una *huella* o heridas muy difíciles de sanar.

Ocurre que el ámbito de la sexualidad humana es uno de los aspectos donde se manifiesta la intimidad con mayor rotundidad. Por eso reclama el reconocimiento de esa dignidad personal con mucha fuerza, porque lo que se entrega no es poco. Sin embargo, cuántas veces esos encuentros en realidad no lo son, porque para darse hay que poseerse y si cada uno ignora quién es, la riqueza de su dignidad y personalidad propia entonces se abandona, no se entrega realmente.

En general, el tacto humano es de los sentidos que más finamente pueden expresar la maravilla de la persona humana si están penetrados de su ser espiritual. De ahí que hacer una caricia no es cualquier cosa. *Ponerse* en las manos, en las yemas de los dedos, es mucho más que generar un conjunto de sensaciones.

El ser humano está dotado para tener niveles muy altos de sensibilidad, pero por eso mismo no se reduce a un simple proceso de neurotransmisores, que suscitan unos fenómenos bio psicológicos, sino que es vehículo de lo mejor del espíritu humano, se puede transmitir tanto a través de la palabra, de la mirada, de la sonrisa, de una caricia!

Una madre sabe hacerlo de manera exquisita con su niño pequeño, a quien le transmite con su mirada, su sonrisa, sus caricias, tantos mensajes, como lo mucho que lo quiere, de manera personalísima, el reconocimiento del ser, de la inmensa valía del hijo, es como si le hablara: ¡eres maravilloso(a)!, ¡vales tanto!, ¡eres único(a)!. Recurrimos al ejemplo de la madre porque quizá ella es quien capta la riqueza insondable de la persona humana con una impresionante facilidad, de ahí que para una madre su hijo sea único, irrepetible, inintercambiable. Por eso es que es capaz de querer supremamente, se asemeja a Dios.

En definitiva, no asumir adecuadamente el cuerpo humano es oscurecer la verdad de que todos somos personas con dignidad y valía íntima, personal. Así pues, la procacidad del vestir, del lenguaje y de la conducta revelan la pobreza de la propia persona, denigran la dignidad humana.

En cambio, como hemos señalado al referirnos a la mirada humana, cuando se tiene gran riqueza interior y uno hace un *viaje* desde lo más hondo de esa intimidad y riqueza personal para *ponerse* en lo corpóreo, con finalidades muy altas, de entrega y donación inteligente y generosa es cuando ese *diálogo* es auténtico ya que también se capacita para reconocer la respuesta de los demás, es decir que se hace capaz de acoger y valorar la donación de otros.

Por ejemplo, una persona de esa categoría *saca* lo que ha cultivado en su personalidad, en su intimidad, que es de tal nivel que aporta lo mejor de sí; entonces al vestirse, al hablar y conducirse no actúa como si fuera un animal, una hembra o macho de la especie, su corporalidad no es indiferenciada, sino que tiene su impronta, es reflejo de su personalidad la que se manifiesta a través de su corporalidad.

En cambio, al convertirse en un simple cuerpo el ser humano hace dejación de lo mejor de su riqueza personal y tipológica y por eso al transformarse en un objeto se expone a ser tratado como tal ya que el mensaje conlleva una invitación a ser tratado no como persona sino como cosa.

Todo lo corpóreo debe ser cauce para que el espíritu se manifieste y por tanto establece un diálogo en el que se transmiten mensajes. Ese *diálogo* debe basarse en el respeto, de lo contrario el diálogo se frustra, quedando a merced de lo instintivo. No es un ningún secreto que a través de lo sensible se puede manipular mucho a otra persona. Un tono de voz, una mirada insinuadora, el desvelamiento de una parte del cuerpo, etc. puede llegar a romper el verdadero diálogo, al desatar la fuerza ciega de los instintos.

El afán femenino de agradar no puede llevar a otros a que “pierdan la cabeza”. Llevar a otros a guiarse de sus instintos no de su dotación espiritual, bloquear su racionalidad, eso es manipular, lo cual es uno de los dominios humanos más denigrantes por lo que es inmoral.

La coquetería femenina, que es un arte es el juego femenino por excelencia, tiene sus reglas, empezando por la que le sitúa en su lugar propio: en el matrimonio y con su esposo, y con nadie más, ya que es muy fácil despertar pasiones con insinuaciones, tonos y gestos seductores, etc. Aquí tenemos que recordar que en el trato, a las mujeres nos basta con la cortesía y la buena educación y tenemos que controlar el deseo de agradar a toda costa.

Como se ve, en la base está el reconocimiento de esa dignidad humana, es decir el respeto, el cual se ejerce en un clave: reconociendo que el otro es un bien independiente de mi posibilidad de usarlo, de desearlo, disfrutarlo; es decir que EL OTRO ES UN BIEN EN SÍ MISMO, independientemente de mí. Ver en el otro un BIEN muy alto, con capacidad de hacerse con LO INFINITO, eso es reconocer su inmensa dignidad, es el respeto.

La capacidad de respetar a otro conlleva el reconocimiento de uno mismo como ese bien tan alto. Por eso el respeto exigido al tratar el cuerpo propio y el de los demás conlleva un dominio personal. Esto se da en las actividades aparentemente más triviales, en el hablar, en el vestirse, en el comer, etc.

De todo ello se puede hacer un arte en la medida en que se domine el cuerpo. Por ejemplo, todo buen bailarín sabe que el secreto de saber bailar es dominar su cuerpo respecto de un espacio, por eso es un arte, porque supone un dominio que corre a cargo de la imaginación, es una técnica, pero que está penetrada de la racionalidad y de la valoración del espíritu humano.

Por eso un buen baile debe saber comunicar, y requiere de una buena música. Ese compás hace posible una de las expresiones más plásticas del ser humano. El buen baile va en armonía con la buena música, que a su vez es un arte también y que conlleva la educación del oído. De ahí la importancia del cultivo de la sensibilidad humana a través de la música y el baile.

La composición musical no es cualquier cosa, no es un conjunto de ruidos cavernícolas, es el arte de penetrar los sentimientos humanos de un significado muy profundo, a través de unos acordes y unas notas musicales que al entrar por el oído elevan en ese recorrido por el sistema nervioso, toda la sensibilidad humana; por lo cual es tanto más arte cuanto más manifiesta las capacidades más profundas del ser humano, incluso se habla de tocar las fibras del espíritu.

El acto de bailar no es un mero conjunto de estímulos y respuestas. Si lo fuera, a un hombre le daría igual bailar con un cuerpo que con otro. Si se baila se baila con una persona, no con un simple cuerpo, de ahí que por ejemplo el “reggetón” no alcance la categoría de baile propiamente dicho, porque bailar, como el vestirse, caminar, etc., conlleva un cierto lenguaje, y cuando se revela la presencia del espíritu da lugar a un diálogo de gran riqueza personal.

Finalmente nos referiremos al lenguaje, a la palabra humana. Como hemos señalado, gracias a nuestra corporalidad humana tenemos lenguaje. La cavidad bucal permite la voz humana, el ser humano está preparado para pronunciar palabras que tienen significado, incluso más allá de los signos lingüísticos, es capaz de entender el significado y además acceder a los símbolos y hacer versos, es decir que es capaz de poesía.

Cuando el lenguaje humano se hace zafio, vulgar, revela justamente la ausencia del espíritu, la falta de actividad de la inteligencia y la voluntad, porque el lenguaje humano es eminentemente comunicativo, pero la clave de la comunicación es la verdad, es penetrar en lo que es la realidad, lo cual le es inaccesible a los animales.

El ser humano puede, gracias a su inteligencia, penetrar en la realidad de las cosas hasta niveles insospechados, por eso cuando falta la verdad en las inteligencias el lenguaje se empobrece y la comunicación se rompe.

Se podría decir que la inteligencia se “venga”, ya que si no le damos el alimento que reclama (verdades hondas, importantes), entonces como su finalidad es conocer, se trata de saciar acudiendo a trivialidades, a conocimientos sin importancia, así es como nace la murmuración, el “raje”, el detenerse en hechos anecdóticos, aislados, sin mayor importancia.

Como habíamos dicho antes, somos responsables del ambiente que creamos a nuestro alrededor. Saber hablar es saber qué es lo que decimos, a quién se lo decimos, cómo se lo decimos y en qué contexto. Tenemos que pensar antes que hablar tanto para conocer la realidad como para saber la mejor manera de transmitirla.

Lo que decimos debe ser verdadero, completo, no hay peores mentiras que las *medias verdades*, también debe ser lo justo y necesario, es decir no podemos hablar mal de los demás «fulanito es tal y cual». Si es grave mentir (calumniar), también lo es difamar que si bien no es mentir, es sacar a la luz defectos de los demás, que aunque sean verdad no hay necesidad justificada de hacerlo, sino que se hace por “deporte” o con la mala idea de quitarle la buena fama, que es un derecho, ya que el honor es parte de la intimidad personal. Por eso las murmuraciones, calumnias, difamaciones, etc., son vicios del lenguaje y son injusticias que hay que reparar.

Lo que en el lenguaje damos en posesión a los demás, debe ser verdadero, bueno y bello, no cualquier cosa. Saber hablar es tener el dominio de lo que hablamos. Una de las maneras de tomar el pulso respecto del nivel de verdad que tiene una persona o una institución es poner atención en lo que expresa a través de su lenguaje.

La pobreza en ese aspecto del lenguaje manifiesta y configura una lacra en cualquier sociedad, revela la estatura o nivel cognoscitivo de quienes la integran y hace que se pueda predecir el poco futuro que les espera si es que no superan esos niveles de deterioro. Aquí vale el “dime qué hablas y cuánto murmuras y te diré cuál es tu nivel intelectual”. De manera especial hay que progresar en la formulación de los términos, en la expresión hablada, a través de la lectura de buenos libros, que eleven nuestro vocabulario, nuestra temática, etc.

También gracias a nuestra dotación intelectual el ser humano es capaz de saber llevar una conversación. Saber conversar es un arte que sólo es posible por la presencia del espíritu humano. Uno se *pone* en la palabra con todo lo que es y tiene *dentro*. De lo que tiene el corazón habla la boca. Saber lo que se dice, cómo se dice, cuándo y a quién se dice es una actividad humana de la que el animal no tiene ni siquiera sospecha. En definitiva la comunicación humana es inherente al ser humano, una persona aislada se empobrece y deteriora al final, pero esa comunicación se basa en la verdad y en la generosidad para otorgarla a todo aquel que esté dispuesto a aceptarla. Sólo la verdad comunica, une, en cambio la mentira divide, separa.

Sin embargo, si bien la verdad haya que darla generosamente a todo aquel que esté dispuesto a recibirla, la propia intimidad sólo se cuenta a personas muy escogidas, aquellas que sabemos valoran lo que les contamos y pueden ayudar con su escucha o su consejo. Las cosas íntimas no se cuentan a cualquiera. Además, contar la propia intimidad une mucho, por lo cual hay que tomar las medidas necesarias de prudencia cuando se trata de contar las cosas íntimas a una persona de otro sexo especialmente si hay que respetar su condición de casado o en posesión de compromisos, para no enredar la comunicación o la relación.

Por su parte, la sonrisa también es de gran riqueza manifestativa, es la expresión de aceptación, de reconocimiento, de agradecimiento. Cuando un niño es pequeño sonrío mucho, y no se trata sólo de que mover esos músculos es lo que menos le cuesta, sino que es su manera de agradecer. Sonreír es agradecer a las personas, al universo, a la vida. La esencia de la filiación es el agradecimiento, la sonrisa sincera, profunda.

Se podría decir que la sonrisa es más excelente, más elegante que la risa porque conlleva mayor injerencia de lo racional y volitivo. La sonrisa, a diferencia de la risa, es menos mecánica, es más libre, no se desata por mero mecanismo fisiológico. Sin embargo, incluso la risa, como el llanto, revelan la presencia del espíritu, porque se producen cuando los acontecimientos o lo que vemos u oímos nos supera de tal modo la comprensión racional, el plano espiritual, que éste le encarga al cuerpo recibe eso que le desborda, que captamos pero que no podemos entender, que es doloroso, o nos desconcierta, o que es absurdo, o irónico, o sorprendente.

En resumen, la elegancia en el lenguaje, como en el vestir y en el actuar parten de un principio: la elegancia es la fuerza contenida gracias al espíritu. La fuerza del impulso corpóreo o sensible tiene que ser controlada para que no nos lleve a vestir, a conducirnos, a hablar de cualquier manera, con palabrotas, con vulgaridad, etc. Saber controlar ese impulso es ser elegante. Por eso la sobriedad en el vestir, como en la conducta y la palabra, conlleva elegancia, porque no se trata sólo de cinco centímetros más o menos en el largo de la falda, sino que hay una *medida* interior, una *mesura* muy íntima: contener el impulso, la fuerza del reclamo del instinto, eso está en la línea de la elegancia, de ahí que en general se pueda decir que la elegancia es el triunfo, el esplendor, del espíritu.

* * *